

Entrevista

Inteligencia artificial y educación superior en
República Dominicana

**Comité Editorial de AULA Revista de Humanidades y
Ciencias Sociales**



La irrupción de la Inteligencia Artificial (IA) en la vida académica ha generado entusiasmo, escepticismo y no pocas incertidumbres. En el contexto de la educación superior en países en desarrollo, como República Dominicana, el panorama es aun más complejo: a la par de los desafíos globales, se suman mitos, carencias estructurales y rezagos formativos.

Durante el proceso de toma de decisión del Comité Editorial de AULA Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, sobre la pertinencia de dedicar un número a este tema y, en tal caso, cuál sería el enfoque, se produjo un diálogo entre Alejandro F. Aguilar editor en jefe, y Ainelid Taveras, la editora, en el que ambos presentaron las ideas preliminares para abordar los niveles de conocimiento, las creencias predominantes y las oportunidades de transformación que la IA plantea para el profesorado dominicano. Para estructurar la conversación a manera de entrevista, y a tono con el asunto que nos ocupa; se decidió contar con la colaboración de ChatGPT 4º para que perfilara las Preguntas.

Entre el concepto y la distancia: ¿qué se entiende por inteligencia artificial en el ámbito académico dominicano?

Pregunta:

Permítanme comenzar con la editora, Sra. Ainelid Taveras, por favor. Aunque el concepto de inteligencia artificial (IA) existe desde hace décadas, ¿cómo describiría usted su presencia actual en el ámbito académico dominicano, especialmente entre el profesorado?

Respuesta:

A.T.: Efectivamente, el concepto de inteligencia artificial (IA) está entre nosotros - aunque no necesariamente en República Dominicana- desde mediados del siglo XX. El primer ordenador de red neuronal, SNARC, fue creado en 1950 por dos alumnos de Harvard: Marvin Minsky y Dean Edmonds. Ese mismo año, Alan Turing publicó el Test de Turing, que aún hoy se utiliza para valorar la inteligencia de una máquina. Desde entonces, el desarrollo de la IA ha sido constante, aunque con altibajos.

Sin embargo, en muchos países en vías de desarrollo, incluyéndonos, más que dudas lo que existen son mitos y creencias desinformadas sobre el tema. Estas percepciones han frenado tanto su implementación como el desarrollo de verdaderos niveles de conocimiento. Algunos

opinan que es una tecnología de ciencia ficción, otros la temen por considerarla “inhumana”, y no faltan quienes ven en ella una amenaza directa al empleo, incluso al pensamiento.

En el ámbito universitario dominicano, por ejemplo, el conocimiento del tema es aún superficial y fragmentado. Muchos docentes, formados en paradigmas tradicionales, enfrentan la IA con una mezcla de resistencia y desconocimiento. Esta situación se agrava por la falta de formación continua y de políticas institucionales que promuevan una integración crítica y ética de estas tecnologías.

Por eso, más allá del concepto técnico de IA - que puede abarcar desde sistemas expertos hasta algoritmos de aprendizaje automático y procesamiento del lenguaje natural-, lo que se impone es una alfabetización digital profunda que permita comprender su funcionamiento, sus alcances y sus límites. Solo así podremos pasar del asombro o el rechazo inicial, a un uso racional, formativo y ético.

Mitos, temores y resistencias: obstáculos subjetivos en la adopción de la IA

Pregunta:

Señor editor en jefe, nos gustaría tener ahora su visión sobre el siguiente tema. ¿Cuáles considera usted que son los principales mitos o temores que dificultan una adopción crítica y efectiva de la inteligencia artificial por parte del profesorado universitario?

Respuesta:

A.A.: Muchos de los prejuicios actuales frente a la inteligencia artificial tienen más que ver con la ignorancia que con el análisis informado. Por ejemplo, hay docentes que creen que la IA es un sustituto de su trabajo, cuando en realidad, bien utilizada, puede ser una herramienta para enriquecerlo. Otros piensan que usar IA equivale a hacer trampa, y asumen que toda intervención tecnológica atenta contra la creatividad o la originalidad del pensamiento.

Existen también ideas fatalistas: se teme que la IA acabe con el rol del educador, que desplace el juicio humano, o que convierta a las universidades en centros meramente administrativos, sin espíritu crítico ni vocación formativa. Este tipo de discursos - muchas veces amplificadas en redes sociales o incluso en círculos académicos mal informados- refuerzan una actitud de rechazo o parálisis.

Además, hay una confusión frecuente entre el uso de herramientas puntuales, como ChatGPT o traductores automáticos, y la comprensión de la IA como fenómeno más amplio, que incluye desde la automatización de procesos hasta la modelización de escenarios complejos. Esta confusión impide ver con claridad los verdaderos riesgos - que existen- pero también las potencialidades formativas, metodológicas y creativas.

A todo esto se suma una cultura educativa aún muy vertical, centrada en la transmisión de contenidos y no en el desarrollo de competencias críticas. En ese contexto, la IA no se percibe como una aliada pedagógica, sino como una amenaza que pone en entredicho métodos ya

conocidos. Pero esta percepción no debe inmovilizarnos. Si no nos enfrentamos al desafío con conocimiento y apertura, nos veremos desplazados no por la tecnología, sino por nuestra negativa a dialogar con ella.

Niveles reales de conocimiento: ¿cuánto sabemos en verdad sobre IA?

Pregunta:

Puede contestar cualquiera de los dos: Desde su experiencia institucional, ¿qué niveles reales de conocimiento ha podido observar entre los docentes universitarios dominicanos respecto a la inteligencia artificial?

Respuesta:

A.T.: Si me permiten, en general, el nivel de conocimiento del profesorado universitario dominicano en torno a la inteligencia artificial es limitado. Predominan tres grupos bien diferenciados: los escépticos, los usuarios intuitivos y los iniciados.

El primer grupo, el de los escépticos, rechaza o teme la IA, muchas veces sin conocer su funcionamiento básico. Asumen posturas defensivas que suelen estar alimentadas por rumores, titulares alarmistas o ideas preconcebidas, como las que mencioné antes. Para este grupo, la IA es sinónimo de amenaza o de deshumanización.

El segundo grupo lo componen quienes usan ciertas herramientas de IA de forma intuitiva - como aplicaciones de corrección de texto, traductores automáticos o incluso generadores de contenido- pero sin conciencia de cómo operan ni de sus implicaciones éticas o pedagógicas. Usan la tecnología sin formación ni criterio, lo cual puede derivar en usos inapropiados o erráticos.

Y, por último, está el grupo de los iniciados: docentes que han comenzado a formarse, que siguen investigando y reflexionando sobre cómo integrar la IA en sus prácticas académicas. Lamentablemente, este grupo sigue siendo minoritario, aunque está creciendo, especialmente en algunas universidades privadas que han empezado a incorporar programas de capacitación o actualización docente en temas digitales.

A.A.: Permítanme añadir algo. Lo preocupante es que esta disparidad de niveles no solo genera desigualdades entre docentes, sino también una fragmentación en la propia cultura institucional. No parece que se haya establecido aún, aunque seguramente se estén dando pasos en esa dirección, una política nacional coherente que promueva el aprendizaje crítico de la IA como parte del desarrollo profesional docente. En ausencia de una estrategia formativa clara, cada quien avanza - o se estanca- según sus propios medios y percepciones. Y eso limita seriamente el potencial transformador de la IA.

De la amenaza al recurso: posibles usos pedagógicos de la IA

Pregunta:

¿Qué usos pedagógicos consideran ustedes que podrían explorarse en las universidades dominicanas para aprovechar la IA de forma crítica y constructiva?

Respuesta:

A.A: Lo primero que debemos entender es que la IA no debe ser vista como un fin en sí misma, sino como un sistema, un ecosistema que puede y debe estar al servicio de un modelo educativo más activo, participativo y centrado en el estudiante. Si la usamos sólo para automatizar tareas o simular competencias humanas, estamos desperdiciando su verdadero potencial formativo.

Por ejemplo, la IA puede ser de gran utilidad en el diseño de itinerarios de aprendizaje personalizados. A través del análisis de datos es posible adaptar contenidos, niveles de dificultad o tipos de ejercicios a las necesidades concretas de cada estudiante. Esto permite superar el modelo de enseñanza uniforme, que a menudo excluye a quienes aprenden a ritmos distintos.

También puede ayudar en la evaluación formativa. Existen plataformas que, mediante IA, pueden ofrecer retroalimentación inmediata sobre tareas escritas, simulaciones de resolución de problemas, prácticas de laboratorio virtual, etc. Esto no sustituye al docente, sino que lo libera de tareas mecánicas y le permite enfocarse en la mediación, la orientación y el desarrollo crítico del estudiante.

Además, el uso pedagógico de la IA debe ir acompañado de una reflexión sobre sus implicaciones éticas, sociales y epistemológicas. ¿Quién diseña los algoritmos? ¿Qué sesgos reproducen? ¿Qué tipo de conocimiento legitiman o excluyen? Estas son Preguntas que deben ser parte del proceso formativo. Enseñar a usar IA también implica enseñar a cuestionarla.

Por eso es crucial que las universidades no se limiten a adquirir tecnología, sino que formen a su profesorado para integrarla con sentido. Esto implica repensar no solo las herramientas, sino también los modelos pedagógicos, los marcos curriculares y las estrategias de evaluación. La IA puede ser una aliada poderosa, siempre que sepamos ponerla al servicio de una educación más justa, crítica y transformadora.

Desafíos institucionales: entre la urgencia formativa y la resistencia estructural

Pregunta:

Esta es para la editora: ¿Cuáles considera usted que son los principales desafíos que enfrentan las universidades dominicanas para integrar la inteligencia artificial en sus procesos formativos?

Respuesta:

A.T.: Uno de los principales desafíos es la falta de una visión institucional clara sobre el papel que debe desempeñar la IA en la educación superior. En muchas universidades dominicanas, tal vez no en todas, la incorporación de estas tecnologías ocurre de forma dispersa, desarticulada y sin una política que oriente su implementación desde criterios pedagógicos y éticos. No basta con “tener acceso” a la IA; es necesario saber para qué se utiliza, cómo se evalúa su impacto y qué competencias deseamos desarrollar con ella.

Otro reto importante es la **formación del profesorado**. La mayoría de nuestros docentes no ha sido preparado aun para integrar herramientas digitales complejas en sus prácticas. Y aunque existen experiencias valiosas en algunas instituciones, estas son aún muy puntuales. Se necesita un esfuerzo sistemático de actualización y acompañamiento, con programas de formación continua que no sólo enseñen a usar plataformas, sino que estimulen la reflexión crítica sobre sus usos.

También hay resistencias estructurales que no deben subestimarse: la escasa conectividad en muchas zonas del país, las limitaciones presupuestarias, la falta de infraestructura tecnológica en algunas universidades públicas, y una cultura institucional que en ocasiones privilegia la burocracia por encima de la innovación pedagógica. En ese contexto, la IA corre el riesgo de convertirse en un lujo para unos pocos, en lugar de ser una herramienta democratizadora.

Además, existe un desfase entre los ritmos de la tecnología y los tiempos de la reforma educativa. La IA avanza a gran velocidad, mientras que nuestras instituciones todavía discuten reformas curriculares pendientes desde hace años, o la aprobación e implementación de las propuestas de desarrollo curricular toma demasiado tiempo. Este desfase genera tensiones entre lo que es posible hacer y lo que realmente se hace en el aula. Y si no se abordan con visión estratégica, estas tensiones pueden ampliarse y acentuar la desigualdad educativa.

Por todo esto, el mayor desafío es quizás político y cultural: construir una voluntad colectiva que permita pensar la universidad del siglo XXI, no como una simple gestora de contenidos, sino como un espacio de pensamiento, creación y acción crítica, capaz de dialogar con las tecnologías sin rendirse a ellas.

Mirar hacia adelante: ¿qué futuro tiene la IA en nuestras universidades?

Pregunta:

Señor Aguilar: ¿Hacia dónde cree usted que se dirige el uso de la IA en la educación superior dominicana en los próximos años? ¿Qué esperanzas, riesgos o transformaciones vislumbra?

Respuesta:

A.A.: El uso de la inteligencia artificial en la educación superior dominicana va a crecer, sin dudas. Pero el sentido de ese crecimiento dependerá de las decisiones que tomemos hoy. Si dejamos que la tecnología se imponga sin reflexión, podríamos caer en un modelo de

enseñanza mecanicista, controlado por algoritmos y guiado por la eficiencia antes que por el pensamiento. Pero si asumimos el desafío desde una perspectiva ética, crítica y pedagógica, la IA puede ser una palanca extraordinaria para repensar la universidad y sus propósitos.

En el mejor de los escenarios, imagino universidades que integran la IA como objeto de estudio transversal y como sistema que abarque todas las esferas de su vida como instituciones educativa. Que formen a sus estudiantes no solo para consumir tecnología, sino para comprenderla, cuestionarla y transformarla. Que fomenten la creatividad, el pensamiento divergente y la colaboración humana, justamente en contraste con las respuestas rápidas y previsibles que ofrecen las máquinas.

Pero también veo riesgos si las cosas no se hacen bien, y lo digo partiendo de que no se debe enfrentar los cambios con miedo, sino con la decisión de hacerlos que funcionen en favor del ser humano. Uno de esos riesgos es la mercantilización de la educación: convertir a los estudiantes en datos y a los docentes en simples facilitadores de plataformas. Otro es la dependencia de tecnologías importadas, sin capacidad local de desarrollo ni soberanía tecnológica. Debemos ser capaces de aprender y de proponer. Y un riesgo adicional es la creciente desigualdad: entre instituciones que pueden integrar la IA con sentido y recursos, y otras que quedan atrás, atrapadas en modelos obsoletos y sin apoyo estatal.

A.T.: Permítanme enfatizar algo: Por eso es que, más que pensar en “el futuro” como algo dado, debemos construirlo. La universidad dominicana tiene la oportunidad de hacer de la IA una aliada de la equidad, del pensamiento y del desarrollo humano. Pero eso exige voluntad política, inversión sostenida, formación docente y, sobre todo, una comunidad académica que se atreva a pensar el presente con mirada larga. No es una tarea sencilla, pero tampoco es una utopía. Está en nuestras manos.

¡Muy bien! Muchas gracias a ustedes y buena suerte al Comité Editorial de AULA Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, en la producción del presente número de la revista, y en los títulos por venir.

DOI <https://doi.org/10.33413/aulahcs.2025.71i2.425>